

aquella provocacion, salieron con intencion de apoderarse de él; pero Moteuczoma, despues de haber matado á dos de los que le acometieron, se retiró tranquilamente hácia Méjico.

Los que están acostumbrados á ver el respeto y justas consideraciones que mutuamente guardan las naciones á los representantes de ellas, se formarán un concepto muy desfavorable sin duda de los soberanos y de los embajadores de las diversas nacioncitas que habitaban el Anáhuac, al ver que no podia garantizar el soberano de Azcapozalco la vida de un embajador, y que éste admitió un disfraz para poder huir, poniéndose luego que se vió fuera de la ciudad á dar voces desde el camino insultando á los soldados. Pero se engañaria el lector si, por el hecho anterior, juzgase que así eran tratados todos los embajadores. Aquel fué un caso excepcional. Maxtlaton era un rey sanguinario, sin respeto á nada ni á nadie, que detestaba á los mejicanos y que, acaso, se hubiera complacido en que sus soldados hubiesen matado á Moteuczoma. Pero ya que estaba obligado á respetar, en cierta manera, el derecho de gentes, en la infancia aun entre aquellos pueblos, quiso que Moteuczoma llevase la idea de que reinaba entre los tepanecas tanto entusiasmo como odio hácia los mejicanos, que solo fué posible salvarle del segundo, dándole un disfraz y haciéndole salir ocultamente. Respecto de Moteuczoma, cuyo carácter y temerario arrojo eran proverbiales, no es de extrañarse que, indignado contra los tepanecas por la manera poco decorosa con que habia sido tratado, desfogase su cólera dirigiéndoles palabras amenazadoras. Pero aunque en la infancia, repito, entre aquellas

naciones, el derecho de gentes, no por esto dejaban de guardar á los embajadores las consideraciones debidas.

Embajadores; Para las embajadas se elegian siempre los su traje; hombres mas notables por su nacimiento, nobleza, virtudes y elocuencia, y se componian ceremonial con que eran recibidos. aquellas comisiones, desde tres hasta cinco individuos. Llevaban, á fin de que se conociese el carácter de que se les habia investido y hacerlo respetar, un traje verde, semejante en su forma á un escapulario con largos flecos de algodón, y un sombrero adornado con vistosas plumas de brillante matiz y flecos de variados colores: llevaban, en la mano derecha, una flecha con la punta hácia arriba, y en la izquierda una lujosa rodela: pendiente del brazo izquierdo llevaban una red con las provisiones necesarias para el camino. En su marcha, por donde quiera que pasasen, eran recibidos con altas muestras de respeto, y se veian tratados con las consideraciones á que eran acreedores por su elevado carácter. Esto, siempre que no se apartasen del camino principal á donde llevaban la embajada, pues se hacian indignos de toda deferencia y de toda consideracion si se apartaban de la senda que debian seguir. En cuanto llegaban á las puertas de la poblacion á donde llevaban la embajada, se detenian antes de entrar, hasta que la nobleza salia de la ciudad para recibirles; y, acompañados de ella, marchaban en seguida á la casa pública, en donde se les alojaba y se les trataba con todas las atenciones debidas á su carácter. Los nobles, con notable respeto, les incensaban y les presentaban ramos de exquisitas flores. Luego que los embajadores habian descansado un rato, la nobleza les conducia al

palacio del rey, régulo ó señor, y eran introducidos en la sala de audiencia. En ésta les aguardaban ya el soberano y los grandes que formaban su consejo, todos sentados. Los embajadores, al presentarse, hacian una profunda reverencia, y en seguida se sentaban en el suelo, en medio del salon, donde sin alzar los ojos ni pronunciar una sola palabra, permanecian quietos, esperando que les indicasen que podian exponer el asunto que llevaban. Cuando esta indicacion se les hacia, se ponía en pié el que hacia cabeza en la embajada, volvía á hacer otra profunda reverencia, y en seguida exponía, con voz medida y reposada, el objeto de la mision que llevaban, valiéndose de las frases mas elocuentes y escogidas. El rey y sus consejeros escuchaban aquel discurso con suma atencion, con la cabeza inclinada hasta las rodillas y sin quitar la vista del suelo. Terminado el discurso, los embajadores volvian á su alojamiento, acompañados de la nobleza, para esperar la resolucion del monarca ó señor á quien habian llevado la embajada.

El rey, sin perder momento, entraba en consulta con los consejeros sobre la respuesta que convenia dar, y en seguida de haberse resuelto la contestacion, se les hacia saber á los embajadores por medio de los ministros; se les proveia de víveres para el camino, se les hacian algunos regalos, y salian á acompañarles hasta las puertas de la ciudad los mismos nobles que les habian recibido en ellas. Cuando el supremo magnate á quien iba dirigida la embajada era amigo de los mejicanos, no se podia excusar ninguno de los enviados de recibir los regalos, pues esto era considerado como un ofensivo desaire, como

una señalada afrenta; pero cuando era enemigo, ningun embajador mejicano los podia recibir, si para ello no alcanzaba el consentimiento de su monarca. Estas ceremonias no eran las que se observaban en todas las embajadas, ni éstas se enviaban únicamente al jefe de la nacion ó del Estado, pues algunas veces iban enviadas al cuerpo de la nobleza ó á la plebe.

Por la descripcion anterior respecto á las consideraciones que se guardaban entre las naciones del Anáhuac á los embajadores, habrá visto el lector que lo acontecido con el embajador Moteuczoma y el rey de Azcapozalco fué un caso excepcional.

Convenio
entre el rey
de Méjico y la
plebe.

En cuanto se divulgó la noticia de haberse declarado la guerra, la plebe de Méjico volvió, llena de espanto, porque juzgaba indefectible su ruina, á presentarse ante el palacio del rey con grandes clamores de afliccion. Itzcoatl se presentó á ella para saber lo que anhelaba, y un clamor general se escuchó pidiendo que se les permitiese salir de la ciudad para no ser víctimas del furor de los tepanecas. El monarca trató de alentar á la multitud, asegurándola el triunfo, animándola para que se quedase, y, unida á la nobleza y al ejército que estaban resueltos á luchar, participase de la gloria de haber humillado el orgullo tepaneca.—«¿Y si somos vencidos?»—replicó la multitud.—«Entonces,—contestó el rey,—yo me ofrezco desde ahora á vosotros, para que me sacrifiquéis á los dioses y os liberten de las desgracias que temeis.»

Aquella promesa tranquilizó á la plebe, que juzgaba eficaz presentar en holocausto á su rey para conjurar los

males que, en el caso adverso que temia, pudieran amenazarla.

Aceptó la multitud la proposición del monarca, y á su vez ofreció, por su parte, si se alcanzaba la victoria, ser siempre, así ella como sus descendientes, tributaria del soberano, labrar sus tierras y las de los nobles, edificar sus casas, y llevar, cuando saliese á campaña, sus armas y sus equipajes.

Itzcoatl admitió la proposición; y la multitud se retiró dispuesta á permanecer en la ciudad y á luchar contra los tepanecas.

CAPÍTULO IX

Los tepanecas se dirigen á Méjico con objeto de apoderarse de la ciudad.—El rey Itzcoatl pide auxilio á Nezahualcoyotl y lo recibe.—Batallas entre mejicanos y tepanecas.—El general tepaneca muere á manos de Moteuczoma.—Triunfo de los mejicanos.—Muerte del tirano Maxtlaton.—Incendian y destruyen la ciudad de Azcapozalco.—Nezahualcoyotl reduce varias ciudades á su obediencia y se reúne con el rey de Méjico.—Fundación de la monarquía de Tacuba.—Alianza ofensiva y defensiva entre los reyes de Méjico, Acolhuacan y Tēcuba.—Acertada política del primero.—Coronación de Nezahualcoyotl.

Los habitantes de la ciudad de Méjico se dispusieron al combate.

De aquella lucha dependia su futuro bien ó su desgracia.

Los tepanecas, por su parte, preparaban un numeroso ejército para invadir la ciudad y dominarla.

El rey Itzcoatl, á la vez que alentaba á su gente para la defensa, puso en conocimiento del príncipe Nezahualcoyotl la ruptura de la paz con el monarca de Azcapozalco, y le suplicó que le enviase inmediatamente á Méjico parte de su ejército para combatir, unidos, al tirano.

Nezahualcoyotl se apresuró á complacer á su aliado, y